



Capítulo 459: Instinto

La casa de Selene, enclavada en el bosque, estaba en silencio. El aroma de hierbas secas y madera quemada flotaba en el aire. Afuera, el viento soplaba entre los árboles, pero dentro, el mundo parecía suspendido.

Sephirothy estaba de pie junto a la mesa de madera, con la mirada fija en la ventana. Sus dedos tamborileaban suavemente sobre la mesa, pero su rostro permanecía inmóvil, una máscara de paciencia a punto de romperse.

"Selene." Su voz atravesó el silencio como una espada. "Encuentra a Virgilio."

La otra mujer, sentada en el sillón cerca de la chimenea, levantó la vista pero no se movió. "No hay nada que podamos hacer en este momento. Se fue por su propia voluntad... y ya sabes cómo es cuando decide algo."

Sephirothy apartó la mirada de la ventana y, por un momento, el peso de su presencia pareció llenar la habitación. Sus ojos se entrecerraron ligeramente y la habitación parecía... más pequeña. "Crees que lo entiendes. Pero no lo haces."

Selene arqueó una ceja. "No es que esté desprotegido."

El suave golpeteo de sus dedos cesó. Sephirothy levantó la barbilla, como si finalmente decidiera decir lo que había estado ocultando. "Si no lo encontramos pronto... lo peor pasará."

Las palabras no cayeron al suelo—se quedaron pegadas.



Al otro lado de la habitación, Katharina, Ada y Roxanne, que estaban apoyadas contra la pared mirando en silencio junto con Sapphire, Stella y Raphaeline, intercambiaron miradas incómodas. Ada fue la primera en romper su silencio.

"¿Lo peor?" ella preguntó, inclinándose ligeramente hacia adelante. "¿Y qué significa exactamente 'peor'?"

Sephirothy volvió su mirada hacia ella. Por un momento ella no respondió. Luego exhaló lentamente y se giró hacia un lado, como si eligiera sus palabras con cuidado. "Instinto."

La palabra flotaba en el aire, cargada de algo que todos sentían, pero nadie entendió inmediatamente.

"¿Instinto?" Rafaelina fue quien repitió, su tono más curioso que preocupado.

Sephirothy asintió levemente. "El instinto es... la esencia primordial del ser. Lo que no depende de la elección ni de la conciencia. Es lo que tu cuerpo, tu alma y tu propia existencia buscan inevitablemente, pase lo que pase."

Dio un paso adelante y la luz del fuego proyectó largas sombras sobre su rostro. "El instinto de Zafiro, por ejemplo... es volverse más fuerte. Siempre. Ella vive, respira y avanza hacia ello, incluso cuando no se da cuenta."

Zafiro frunció el ceño, como si intentara negarlo, pero permaneció en silencio.

"Mío," continuó Sephirothy, "debe ser absoluto. Dominar el espacio que ocupo, hasta que nada pueda rivalizar con él. Por eso, dondequiera que esté... soy inevitable."



Selene cruzó los brazos, inclinando la cabeza. "¿Y qué tiene esto que ver con Virgilio?"

Sephirothy la miró por encima del hombro. "Todo. Cuando comencé a entrenar a Vergil, quería ayudarlo a desarrollar su propio instinto. Algo que definiría no sólo cómo lucharía... sino por qué lucharía. Un instinto es más que una estrategia —es un impulso inevitable"

Rafaelina, que hasta entonces había mantenido la mirada en el suelo, miró lentamente hacia arriba. "¿Y cuál es su instinto?"

Sephirothy respiró profundamente. Su voz, mientras respondía, sonaba más baja y más pesada.

"Buscar y destruir. Buscar y dominar. Crear y devastar."

El silencio posterior no fue vacío—fue tenso, como si la propia casa lo hubiera entendido.

Katharina se movió inquieta. "Esto... no parece algo que se pueda detener."

"No puede," confirmó Sephirothy. "Y no debería haber sido posible... pero Virgilio lo creó él mismo. Yo solo... le di las primeras herramientas. El resto... surgió de él."

Roxanne apretó el puño. "¿Y estás diciendo que... si algo pasa ahora, entrará en este estado?"

"Sí." Sephirothy dio otro paso, ahora lo suficientemente cerca como para que todos sintieran la frialdad calculada en su tono. "El problema es que una



vez activado... no hay control. Él no distingue al enemigo del obstáculo. Él no distingue el presente del futuro. Él simplemente sigue el flujo de este instinto... hasta que no existe nada más que lo satisfaga."

Selene apoyó el codo en el brazo de la silla, tocándose los labios con los dedos. "Entonces... si no lo encontramos, podría... ¿empezar a cazar y destruir cualquier cosa?"

"No 'podría,'" Sephirothy corrigió. "Él lo hará. Es inevitable. La única pregunta es qué lo despertará. Una amenaza... un desafío... o incluso el aburrimiento."

Zafiro cruzó los brazos, pero su mirada era seria. "¿Y no sabes qué pasa cuando él... termina?"

Sephirothy permaneció en silencio durante unos segundos antes de responder: "Nunca lo he visto llegar a su fin. Quizás porque cuando empieza... no hay fin. Quizás porque todo lo que lo rodea ya ha sido destruido antes de que pueda detenerse."

El crepitar del fuego parecía ahora más fuerte.

Ada inclinó la cabeza y su voz se hizo más firme. "Entonces... ¿cuál es el plan?"

Sephirothy miró por última vez por la ventana, hacia el bosque oscuro. "El plan es sencillo. Encuéntralo antes de que algo —o alguien— despierte el instinto. Si fallamos..." Ella no terminó. Ella no lo necesitaba.

Stella, que había estado mirando en silencio, finalmente habló. "¿Qué pasa si ya está en ese estado cuando lo encontramos?"



Sephirothy cerró los ojos por un momento, como si estuviera considerando esta posibilidad. Cuando los abrió, hubo un destello apenas perceptible de... inquietud. "Entonces oremos para que nos reconozca antes de reconocernos como objetivos."

Sephirothy respiró profundamente y lentamente se volvió hacia Selene. Sus pasos eran firmes, el sonido de sus botas resonaba en el suelo de madera, cada ritmo marcaba el ritmo de la tensión que ya saturaba el aire.

Cuando se detuvo frente a ella, la chimenea detrás de ella proyectó sombras sobre sus rasgos, dejándola con una expresión casi tallada en piedra.

"Deja de perder el tiempo..." Su voz era baja pero aguda. Luego, sin apartar la mirada, añadió: "Artemisa. Encuentra a mi hijo. Ahora."

El nombre cayó como un trueno apagado.

Por un momento nadie se movió.

Katharina parpadeó, tratando de procesar lo que había escuchado. Ada se enderezó, como si estuviera segura de haber entendido mal. Roxanne, que siempre parecía mantener un control sereno sobre sí misma, abrió ligeramente los ojos, escapando por primera vez una auténtica sorpresa.

"Artemisa?" Ada rompió el silencio, mirando desde Sephirothy hasta Selene.
"Tú... ¿estás diciendo eso—"

Selene levantó una mano y la interrumpió antes de que la pregunta pudiera terminar. Su expresión permaneció serena, pero había algo en sus ojos... un peso antiguo, de alguien que llevaba un nombre que hacía tiempo que dejó de usar.



"No importa qué nombre uses, Sephirothy." Ella se puso de pie lentamente, el movimiento llevaba la calma calculada de alguien que controlaba cada gesto.
"Dejé atrás a Artemisa hace mucho tiempo."

"Crees que lo hiciste." Sephirothy dio un paso adelante, acercándose hasta que sus rostros estuvieron a solo unos metros de distancia. "Pero al mundo no le importa lo que intentes enterrar. Recuerda. Y yo también."

Rafaelina miraba de una a otra, confundida. "Entonces... ¿Selene es Artemisa? ¿Es... Artemisa?"

"Sí," respondió Sephirothy, sin apartar nunca los ojos de la otra mujer.
"Cazador. Rastreador. Diosa olímpica..."

Katharina soltó una risa nerviosa, cruzando los brazos. "Y pensamos que eras simplemente... un recluso loco en el bosque."

Selene no respondió a la provocación. En lugar de eso, respiró profundamente y miró por la ventana, como si midiera mentalmente la distancia a Virgilio.

"¿Qué pasa si no quiero ir tras él?" Ella finalmente preguntó, con voz sin emociones.

Sephirothy inclinó ligeramente la cabeza y, por un segundo, el aire pareció volverse más pesado. "Entonces, Artemisa... verás lo que pasa cuando el instinto de mi hijo despierte. Y... cuando llegue ese día, no será sólo a él a quien tendrás que enfrentarte."

El silencio que siguió fue denso. Incluso el crepitar del fuego parecía flaquear.